

Cuando hasta las muletas jugaban

- Los veteranos del Barça elaboran un libro histórico con un sinfín de anécdotas jugosas

Quico López Balcells, el presidente de la Asociación, fue un poderoso pivote / FOTO: ARCHIVO MD

Lluís Carles Pérez 30/07/2014 02:00

La Asociación de Veteranos del Barça de Balonmano, constituida en 2012, está en plena elaboración de un libro que recogerá toda la historia de la sección. Ramon Domènech, el coordinador que mantiene abierta la aportación de cualquiera, espera editarlo el año que viene, pero la iniciativa ya ofrece un sinfín de anécdotas, a cual más jugosa, que destrozan sin compasión los cánones actuales del juego. El balonmano en blanco y negro, desde luego, nada tiene que ver con el colorido de la Champions League del siglo XXI por más que siga siendo un deporte de contacto y músculos poderosos.

La idea es comenzar desde los inicios, con el balonmano a 11 de los años 40. "Había 30.000 espectadores porque jugaban antes del partido de fútbol en el campo de Les Corts. Era un balonmano muy rudimentario: 6-5 podía ser un resultado habitual. Pasar de diez goles era una proeza porque, aunque las porterías de fútbol son grandes, también lo son las áreas y costaba marcar desde fuera, tan lejos. A finales de los 50 coge más proyección el balonmano a siete que conocemos", recuerda Domènech, el capitán de la primera Liga de 1969.

Los ex jugadores hablan de partidos con lluvia o nieve en pistas descubiertas y asfaltadas que destruían las rodillas. Recuerdan a "árbitros acojonados" por un público situado al lado de la línea que también les hacían la puñeta.

"Jugar en la pista del Pizarro de Elda era terrible por los garrotazos que te daban la gente y los jugadores", recuerda Pere Bescós. "El árbitro estaba acojonado, sin pitar casi nada. Había un hombre con muletas a un palmo de la pista y me la ponía a la altura de la cara. Y dolía. Al final salía al

contraataque por el medio del campo para esquivarle", explica el extremo, en el Barça de 1971 a 1975.



Quico López Balcells, el presidente de la Asociación, fue un poderoso pivote / FOTO: ARCHIVO MD

Verdaderas atrocidades

"Era un balonmano más tosco, de fuerza y los tortazos estaban a la orden del día. Había público que te cogía de la camiseta al sacar de banda y no pasaba nada. Según a qué pista ibas, ya sabías que te tocaría recibir", tercia Quico López Balcells, pivote azulgrana entre 1966 y 1982. "Por eso o te hacías respetar o te tomaban por el pito del sereno. Tenías que demostrar que también sabías dar. La gente lo aceptaba, cada uno luchaba con su armas. Se hacían verdaderas atrocidades, pero todo se fue corrigiendo con la llegada de las pistas cubiertas y un deporte más profesional", señala López Balcells, el presidente de la Asociación.

"Tú ganabas a un equipo 30-10 en casa, pero igual perdías 8-6 en la suya. En los 70 hubo la orden de jugar a cubierto y en pistas conectadas con el vestuario, sin pasar entre el público, y la diferencia fue abismal. Los árbitros no pitaban tan condicionados y se acabaron los resultados 'sorpresa'", abunda Domènech, que recuerda su primer sueldo: 1.000 pesetas mensuales en 1968, es decir, seis euros.

"Ahora no se puede tocar al extremo en el aire, pero antes te estampaban contra la valla en pleno vuelo. Ha cambiado mucho. Igual te destrozaban

un brazo, pero no había expulsiones. Antes todo era más salvaje, pero era así y te adaptabas. No tenías la sensación de que no se podía hacer. Intentabas esquivar los golpes, por ejemplo, tirando antes de que llegase el defensa", rememora Bescós.

"La gente estudiaba o trabajaba y, si llovía, mirabas de jugar como fuese porque no se podía hacer otro viaje. Igual sólo metías seis o siete goles porque no podías coger bien el balón por el agua o te llevabas algún susto con los resbalones", afirma Quico López Balcells.

"En campos de tierra no te tirabas al suelo tanto como ahora, pero acababas con las rodillas un poco peladas. En San Sebastián había un asfalto de carretera que era como papel de lija. Ibas con más cuidado porque, si caías mal, te quedabas allí", sonríe Bescós, que aprovechó una visita del Barça a Alemania para comprarse su primer televisor en color. El armatoste viajó en la bodega del avión envuelto en cinta y camisetas sudadas para amortiguar los golpes.

"Al llegar, cuando vi en la aduana que la Guardia Civil me daba el alto, salí corriendo con el carro, los agentes no me siguieron, me dejaron estar y pude pasar la tele".

Otros miembros de la Asociación más jóvenes alucinan al oír las batallitas. "Eran gladiadores, con un espíritu que no se debe perder", dice David Barrufet.